

PROEMIO

Mors evanidis, vita aeterna.

Ernesto rememoró por enésima vez las sabias palabras del venerado Arnaut Ricart. Lo hacía cada vez que salían de misión. Pero la de hoy era una ocasión diferente.

—La muerte es efímera, y la vida, eterna. —Tradujo con voz queda, más para él que para los cuatro hombres que le contemplaban—. Ese es el auténtico legado que nos dejó nuestro primer líder global. La muerte, tan temida por los seres encarnados, no es más que un salto desde una existencia limitada y breve hacia la vida eterna. Apenas es un tránsito. Nuestra misión consiste en que ese miedo desaparezca de inmediato. Solo que el salto de hoy no está escrito, ni previsto. Hoy la muerte duerme. Hoy es un día especial. Hoy... nosotros somos la muerte.

Se quedó mirando a sus cuatro hombres de confianza y recuperó el tono firme que le otorgaba su rango.

—Mis queridos Habituales. Ha llegado la hora. ¿Vamos?

Sus acompañantes ocultaban su figura bajo una túnica oscura. Por toda respuesta, se dirigieron a la entrada del vomitorio que acababan de crear.

Cuando estos se adentraron en la oscuridad del camino, Ernesto se subió la capucha y se dispuso también a partir. Sin duda, hoy era un día especial. Extraordinariamente especial. Y, por primera vez desde que lideraba las misiones, se sentía nervioso como un chiquillo.

1 - CUANDO TODO SE QUEDA POR EL CAMINO

Si hubiese sabido que esa noche iba a morir, quizá no habría tenido tanta prisa por dejar a Suso y regresar a casa.

Pero las muertes repentinas no solían venir anunciadas con unos días de antelación en el periódico local, como si se tratasen de conciertos o de exposiciones. No eran notificadas con el margen de tiempo suficiente como para que el futuro muerto pudiese organizar su vida de la manera que la debería haber tenido organizada de forma natural.

Es una costumbre estúpida y demasiado extendida, la de no tener la vida ordenada. Y es patética la necesidad urgente de hacerlo cuando lo que menos queda es, precisamente, vida. La cercanía de la muerte empuja al orden, de la misma manera que el amor no correspondido empuja al desespero.

Cuando la muerte aparece por sorpresa y, sobre todo, cuando afecta a una chica el día en el que va a cumplir dieciséis años, no hay prevención que valga, ni preparativos, ni tan siquiera una leve sospecha de que eso pueda suceder. Una persona joven vive convencida de que la muerte propia es irreal e imposible, un elemento de ciencia ficción, incluso si en alguna ocasión le ha tocado verla en sus seres más cercanos. No imagina ni por un solo instante que pueda formar parte de su propia historia, y menos de manera prematura.

Suso y ella se habían quedado embobados, como siempre solía suceder, mirándose con una sonrisa estúpida, e intentando transmitirse ese amor juvenil, inseguro e irracional que sentían el uno por el otro. El amor, como las nuevas recetas de alta cocina, nace fruto de una pasión demencial instalada en las entrañas, con aspecto descontrolado y futuro incierto, y solo el paso del tiempo y la suma de vivencias pueden hacer que se convierta en algo que merezca la pena. Pero así como un cocinero curtido es capaz de analizar sus instintos y sus sentidos, y puede corregir cualquier desviación del sabor a golpe de experiencia individual, el amante precoz depende de la voluntad propia y de la ajena, y no hay trucos ni llantos que valgan si la otra parte no aporta una cantidad de generosidad y esperanza similar a la que uno es capaz de entregar.

Esa noche era distinta y mágica, porque Suso había llegado con noticias tan excitantes como turbadoras. Sus padres se iban de fin de semana y, por primera vez, tenían la posibilidad de disponer de una casa para ellos solos, con su sala, su televisión, su baño, su cocina, su despensa y sus habitaciones, con su atmósfera y su intimidad. Sonaban a paraíso excitante todas las posibilidades que se les ofrecían de convertir en actos las intenciones que albergaban los dos muchachos, sedientos y abrasados por el fuego de la edad.

Rara era la vez en que se podían dejar ir, y se entregaban mutuamente sus deseos, siempre a retales, con las urgencias y el nerviosismo característicos de antes de los veinte años. Pero eso nunca pasaba de cuatro besos en el banco más apartado del parque, y de la firme y fantástica determinación de que, el día en que tuvieran la oportunidad, no dejarían nada en el tintero, y darían cuartelillo a esa sangre que se empeñaba en amotinarse en las zonas más estratégicas de ambos.

Por fin, lo imprevisto iba a pasar, y esa misma tarde los padres de Suso le habían anunciado que se iban de fin de semana solos, sin él, no sin antes dejar la nevera repleta, y llevarse la falsa promesa de su único hijo de que se portaría bien y de que no llevaría a nadie a casa. El chico no tenía ninguna duda de a quién se referían.

—No, mamá, Eguzki no vendrá. Este fin de semana tiene que estudiar y apenas nos veremos —les explicó Suso, a pesar de que en el fondo los tres sabían que mentía. Irremediablemente, a la mañana siguiente los padres partirían con una sonrisa en la cara y engrudo en el corazón, y Suso y la muchacha jugarían a ser mayores en un territorio prestado. Los padres del muchacho eran una de las tantas parejas que confiaban en que una escapada les serviría para resucitar una relación que ellos mismos habían dejado morir. Y no querían hacer caso a la lógica, esa que dice con rotundidad que no hay hotel, por sofisticado que sea, ni cena con langosta, ni camisón de seda abierto que repare las fisuras que provoca la falta de atención diaria. No hay veneno más perjudicial para la salud del amor que la ausencia de mimo y de calor, que la desidia de no hacer el más mínimo esfuerzo por consolarse a la vuelta de un mal día de trabajo o, por encima de todo, que la imprudencia de mirar a la pareja como si para uno no fuera la creación más bella del universo.

Arrastrarían sus cuerpos hasta un hotel con hidromasaje, gozarían de manera mecánica de lo que habían sido tiempo atrás, mientras fantaseaban con otros alientos, y dormirían exhaustos el cansancio acumulado durante la semana, sin acercarse ni apoyarse el uno en el otro. No hay agonía más larga, cruel e incómoda que la de una pareja que, por el camino, se ha olvidado de serlo.

Esa tarde, Eguzkiñe y Suso se sentían más afortunados que nadie en el mundo. Al día siguiente podrían disponer de un espacio para ellos, y charlar, y cenar *pizza* mientras veían la tele como una pareja normal, y acostarse juntos en la misma cama, sin más horizonte que el de despertarse con las únicas prisas que las del fuego de la vida les podía proporcionar. Pasar la noche con Suso se le antojaba a Eguzki la aventura más loca, romántica y excitante que podía existir en la tierra.

—Espero que no se lo piensen y terminen echándose atrás —le dijo él cuando ya se despedían. Una vez ya se habían hecho ilusiones, era muy difícil renunciar a su sueño. En caso de que se enterase, la gente seguro que murmuraría sobre la indecencia de ese plan y sobre lo incontrolables que eran los adolescentes. Pero nadie podía llegar a entender que, en la mente de Suso, la posibilidad de un encuentro sexual con su chica, sin tiempo y sin fronteras, no era la que constaba como primera de sus prioridades. Ciertamente le atraía la idea de poder dibujar con los ojos cerrados el cuerpo de la muchacha a la que creía amar, pero la posibilidad de mimarla, de verla dormida contra su pecho, o de disfrutar de su sonrisa en la penumbra de la sala solo iluminada por la luz del televisor, eran imágenes que le transportaban a un universo irreal, y al que entendía que tenían derecho, después de tanto tiempo que llevaban juntos.

—No te preocupes, mi Suso *bobilín*—contestó ella con ojos pícaros y tanto amor en el pecho que le dolía—. Te prometo que mañana viviremos como si fuéramos un matrimonio, pero de esos buenos, ya sabes —añadió, sin ni siquiera sospechar que no podría cumplir esa promesa, ni al día siguiente ni nunca.

—Y ahora, déjame ir o no tendremos la oportunidad de pasar juntos un fin de semana ni en los próximos mil años, porque si mi madre me escucha llegar tan tarde es capaz de castigarme. Y no me apetece nada discutir con ella. Ya sabes que cuando me levanta la voz se me doblan las rodillas y no sé qué contestarle. Solo me lleno de rabia por la impotencia de no poder gritarle que no tiene razón, porque a menudo no la tiene. —Sonrió ella a modo de despedida.

Todavía se entretuvieron cinco minutos más abrazados en la puerta del ayuntamiento, donde se separaban sus caminos. Suso le cogía la cabeza suavemente por las sienes con ambas manos y le besaba los ojos, la nariz, los labios y el alma, y ella le respondía con el aliento entrecortado y la sensación de ser la chica más feliz de la ciudad.

Esa noche Eguzkiñe entró en casa sabiendo que era mucho más tarde de lo que debería ser, y con la desagradable intuición de que algo grave podía pasar si su madre la escuchaba. Hacía unos días que andaba de muy mal humor y revuelta, y se mostraba intransigente con su hija por cosas que nunca habían sido demasiado importantes. Cuando su madre pasaba una época así, era preferible no contrariarla, bien lo sabía. Pero la amargura y la violencia que estaba mostrando en las últimas semanas superaban las de cualquier época que recordara. Quizá estaba entrando en esa etapa en la que las mujeres que empezaban a ser mayores tenían cambios en el cuerpo, y la muchacha había escuchado que, cuando algunas la alcanzaban, tenían dificultades para gestionar esos sofocos, esa sequedad de boca y esa espesura de ánimo. Si era por eso, debía sentarse con ella y averiguarlo. Poco podía hacer, pero estaba convencida de que si su madre se sentía especialmente querida y atendida, se le suavizaría el carácter. No se llevaba mal con su padrastro, al contrario, y también podía hablarlo con él, pero Eguzki estaba convencida de que había cosas de mujeres que solo una mujer podía entender, y ella estaba dispuesta a intentarlo todo para que su madre volviera a ser la mujer cercana y cómplice que siempre había sido con ella. A pesar de ser solo una chica llena de complejos, inseguridades y marcas de acné, podía comprender mucho mejor a su madre que cualquier hombre. Aun teniendo poca experiencia, estaba segura de poder afirmar que los hombres se empeñaban en analizarlo todo desde un prisma demasiado simple, y que eso les impedía tener la capacidad suficiente de determinar la importancia o la profundidad de la huella que puede dejar un problema femenino.

Tardó pocos minutos en llegar a su portal. Buscó el llavero con todo el sigilo que pudo. Llenó sus pulmones de aire, como si su respiración fuera capaz de despertar a alguien, y giró lentamente la llave en la cerradura. Una vez dentro, cerró la puerta con mucho cuidado. Es increíble cómo, de noche y en silencio, nuestras cosas cotidianas se rebelan y nos regalan un catálogo infinito de sonidos. Escuchó nítidamente el leve chirrido de las bisagras, el rumor amortiguado de la hoja cuando topó con el quicio, el golpe sordo de los anclajes del blindaje de la puerta y el chasquido líquido y rotundo del pestillo. Todo le parecía escandaloso, pero por encima de cualquier cosa no podía entender como nadie se despertaba con el ensordecedor martilleo de su corazón desbocado.

Una vez cerrada la puerta, Eguzkiñe se mantuvo quieta durante lo que le pareció una eternidad. No se oía nada más en la casa que el rítmico ronquido de su padrastro. Eso la tranquilizó, puesto que era muy probable que su madre se hubiera puesto los tapones para

dormir. Cuando él roncaba de esa manera lo más lógico era usar tapones, aunque lo que realmente apetecía era asesinarle y descuartizarlo en mil cachitos, cuanto más pequeños mejor. Pero eso no estaba muy bien visto, y encima, seguramente, se pondría la alfombra hecha una pena con tanta sangre. Con lo cual, su madre se conformaba con usar unos tapones de silicona y con darle codazos en la zona de las costillas e inmediatamente fingirse dormida, por si acaso él se despertaba por el golpe. Sabía que, si aparentaba estar dormida, él se limitaría a pensar que el dolor sordo en su costado solo se podía deber a un movimiento del azar o a una incidencia del propio sueño. En el fondo, su padrastro tenía una gran capacidad para dormir y una mucho más limitada para pensar, sobre todo en mitad de la noche. Era un hombre al que Eguzkiñe definía como un oso en permanente estado de letargo.

El caso es que esa noche él se había arrancado a roncar y su madre, con casi total seguridad, llevaba puestos los tapones.

—Joder, qué bien. Un poco de suerte no está nada mal —pensó la muchacha casi sonriendo y suspirando de alivio.

Solo le quedaban unos metros para hallarse a salvo. Avanzaba a oscuras por un terreno conocido, aunque, para evitar sobresaltos e imprevistos, decidió encender la linterna de su móvil, amortiguando el chorro de luz con su mano. El brillo era suficiente como para ver que la puerta de la habitación de su madre estaba entreabierta. Solo le quedaba pasar por delante de ella para llegar a sus dominios, en los que se encerraría de inmediato. Sabía que tenía que ir al baño, se moría de ganas. No había nada que le llenase más la vejiga que la rabia de ciertos impulsos insatisfechos, salvo un empacho de sandía. Pero esta vez la razón le decía que debería esperar. Cuando se encontrara con el pijama puesto, podría salir libremente de su habitación para ir al servicio, sin que ello supusiera ningún peligro, ya que, por mucho que la viese su madre entonces, jamás podría pensar que acababa de llegar de la calle, emocionada por sus planes de ese fin de semana y frustrada de nuevo por no haber podido quedarse unas horas más con Suso.

Se sentía tan a salvo que alumbró con su móvil la habitación de su madre por el hueco que quedaba en la puerta. La mujer dormía medio recostada en dos almohadas, lo cual quería decir que había tenido alergia antes de acostarse. A su lado, desparramado y desordenado como un guiñapo, dormía su segundo marido, roncando desesperadamente aun estando boca abajo. La escena no era, precisamente, demasiado romántica.

La muchacha soltó una carcajada que le sorprendió a sí misma, y se le sublevó el intestino cuando su madre se incorporó con un movimiento brusco. Eguzkiñe se convirtió en estatua mientras su madre se revolvía a ambos lados. Cuando por fin volvió a quedarse quieta, la chica decidió que era el momento de huir a la seguridad de su habitación, no sin antes escuchar como sus tripas protestaban y emitían unos quejidos que le parecía que se debían oír desde varias calles a la redonda. La mezcla de la impotencia de tener que separarse de su novio cuando estaba tan a gusto con él, junto con el nerviosismo por llegar tarde a casa y la tensión del recorrido por el pasillo había hecho que su tripa empezara a exteriorizar su rebeldía con unos crujidos alarmantes y unos aromas más propios de una pocilga que de un pasillo de la casa de una familia normal de clase media.

Llegó de un salto a su habitación y abrió la puerta a toda velocidad, mientras apagaba la linterna del móvil para que su madre no la viese en el caso de que se acabara despertando. Una vez entró, dio media vuelta y apoyó la frente contra la puerta, empujándola muy despacio hasta que encajó con todo el sigilo del mundo. Cuando fue consciente de que la había cerrado totalmente y de que no había pasado nada, se relajó de una manera casi total, dejó salir otra ventosidad espesa, sin poner trabas esta vez al caudal de aire ardiente que de ella escapaba, y encendió la luz de la habitación.

Cuando se giró se le congelaron la intención, las entrañas y la vida. Ni tan siquiera tuvo fuerzas para gritar. Lo que se mostraba ante ella era tan absurdo que no fue capaz de asimilarlo. Aflojó su esfínter y tuvo la sensación de que se ensuciaba los pantalones. En ese momento, eso era lo que menos le importaba.

Unos minutos después estaba muerta, aunque una parte de su ser estaba a punto de iniciar la más fascinante aventura que jamás pudiera imaginar.